

LAUDATIO DE LA RESISTENCIA ANTIFRANQUISTA  
PERSONIFICADA EN GREGORIO LÓPEZ RAIMUNDO, MARÍA SALVO IBORRA  
Y AGUSTÍ DE SEMIR ROVIRA

*Guillermo Lusa Monforte, profesor de la Universitat Politècnica de Catalunya*

1- Universidad, sabiduría, dignidad

La Universidad es una institución a la que la sociedad ha encomendado la misión de salvaguardar, acrecentar y transmitir el conocimiento superior, formando profesionales competentes y ciudadanos responsables que contribuyen al progreso social, cultural, científico-técnico y económico del país.

Para lograr estos objetivos, la Universidad está obligada a aprender continuamente. La Universidad aprende de la naturaleza, a la que escudriña y modifica en beneficio de la especie humana, al mismo tiempo que la respeta para legar a nuestros sucesores un planeta habitable; y aprende también de las personas, de su comportamiento, de sus ideas, de su ejemplo.

La Universidad tiene mucho que aprender de un acontecimiento doloroso pero ejemplar que se desarrolló en nuestro país durante el pasado siglo, a lo largo de casi cuatro décadas: la resistencia antifranquista.

No se trata tan sólo –¡y ya sería bastante!– de reparar una injusticia histórica que se ha cometido con una parte importante de nuestra ciudadanía; para caminar sin tropezar por el futuro es preciso que las generaciones jóvenes no sólo conozcan, sino que también comprendan nuestro pasado. Y si ello les obliga a saber de qué cosas han sido capaces algunas personas para explotar, humillar y reprimir a sus semejantes, también se sentirán confortadas y podrán reforzar su confianza en la especie humana al aprender de la resistencia antifranquista lo que puede enseñarnos en cuanto a valor, dignidad, generosidad y heroísmo.

2- La "Victoria" franquista

Derrotada la España republicana –abandonada por las democracias occidentales, en un vano empeño de apaciguar a las potencias nazi-fascistas– una feroz represión se abatió sobre los vencidos. Arrojado medio millón de personas al exilio en condiciones lastimosas, España se convirtió en una inmensa cárcel, sobre la cual los vencedores se aprestaron a edificar un Nuevo Estado, inspirado tanto en los totalitarismos alemán e italiano como en los ecos de la España imperial de varios siglos atrás. Fueron derogadas las leyes republicanas que habían intentado tímidamente modernizar las arcaicas estructuras sociales y mentales del país, desde la Reforma Agraria hasta la Ley de Divorcio, incluyendo los estatutos de autonomía y las normas que hacían posible la coeducación en las escuelas. Fue prohibido el uso público del catalán, del euskera y del gallego. Se disolvieron los partidos de izquierda y se persiguió y castigó a sus miembros, y lo mismo se hizo con masones y protestantes. Porque el afán destructor del Nuevo Estado no se limitó a las instituciones republicanas, sino que se pretendió eliminar de nuestra Historia a la democracia, al parlamentarismo, a la Ilustración y a todas las demás señas de modernidad características de nuestra civilización europea.

La Ley de Responsabilidades Políticas de 9 de febrero de 1939 –que, en flagrante aberración jurídica, se aplicaba con efecto retroactivo– fue la responsable de los cerca de 200.000 fusilamientos que se produjeron entre 1939 y 1944, así como de la reclusión de unas 300.000 personas que en 1940 se hacinaban en las cárceles y campos de concentración. La disolución de los sindicatos –y su sustitución por la Organización Sindical Española, que obligatoriamente encuadraba a todos los trabajadores bajo el férreo control de los burócratas

nombrados por el régimen– hizo posible una sobreexplotación de la clase obrera, que explica tanto la magnitud de las fortunas vertiginosamente amasadas durante aquellos años por los adictos al régimen, como el hecho de que el nivel de vida de la población tardase más de tres lustros en recuperar las cifras de antes de la guerra.

El pueblo pasó del horror de los primeros años –que coincidieron con los éxitos nazi-fascistas en la Guerra Mundial– a la esperanza alentada por el cambio de signo de esa guerra y la victoria aliada, que llegó a hacer soñar a muchos en el cambio de régimen. Pero de nuevo cayó en la desesperación o en la resignación cuando el franquismo, aprovechando con habilidad las nuevas condiciones internacionales abiertas por la guerra fría, transmutó la ideología del régimen, convirtiendo al falangismo y al nacionalsindicalismo en anticomunismo nacionalcatólico. La operación, intelectualmente poco fina, fue suficiente para que la dictadura franquista obtuviese en 1953 el respaldo político y militar de los Estados Unidos, así como la renovación del apoyo de la Iglesia Católica, en forma de Concordato. Con estas bendiciones, Franco ya no tenía nada que temer del exterior. En las fronteras de España, como en la puerta del infierno del Dante, podía entonces haberse colocado el mismo tremendo lema: *lasciate ogni speranza* [abandonad toda esperanza].

### 3- No todo el mundo se rindió

Pero no todo el mundo se rindió. Como ha dicho Maria Salvo, "estábamos derrotados, pero no vencidos". Aunque el primer anhelo del país consistía, simplemente, en sobrevivir al hambre, al estraperlo y a la tuberculosis, la oposición al franquismo victorioso se manifestó desde el primer momento, de muy diversas formas y grados. La resistencia armada –la guerrilla, el *maquis*– se mantuvo activa, con mayor o menor intensidad, hasta la década de los años 1960. Pero mayoritariamente la respuesta se produjo de otra forma. Al principio surgió sobre todo en las cárceles, en forma de solidaridad activa con los presos y sus familias, organizando redes – muchas veces dirigidas por las propias familias de las personas encarceladas– que recaudaban y distribuían alimentos, medicinas o dinero. En paralelo, y en coordinación con los exiliados, se realizaron numerosos intentos de reconstrucción de las organizaciones democráticas ilegalizadas (sindicatos y partidos), que eran una y otra vez desmanteladas por el poderoso aparato represivo de la dictadura, que se ensañaba torturando a los detenidos, antes de entregarlos a consejos de guerra que muchas veces desembocaban en fusilamientos.

A pesar de que la legislación franquista –una vez decretado el fin de la lucha de clases– equiparaba penalmente la huelga a la rebelión militar, la clase obrera –empujada por la desesperación que causaban los bajísimos salarios y la dureza del racionamiento y de las demás condiciones de vida– se declaró en huelgas parciales o de carácter general desde la década de los años 1940. La huelga general de Manresa en 1946, las de Vizcaya, Guipúzcoa y Cataluña en 1947, así como la que se produjo en 1951 tras el boicot a los tranvías en Barcelona preludieron el gran movimiento huelguístico de 1962, encabezado por los mineros de Asturias.

Sin renunciar en ningún momento a la reconstrucción clandestina de partidos y sindicatos, algunos grupos antifranquistas optaron, ya desde 1948, por aprovechar los escasos resquicios que ofrecían las organizaciones obligatorias de encuadramiento de masas del régimen para infiltrarse en las mismas. Esto se produjo de modo especialmente notable en la Organización Sindical y, en la década de los años 1960, en el Sindicato Español Universitario. Más tarde la resistencia antifranquista puso en marcha unas formas de lucha adaptadas a las nuevas condiciones de vida de cada momento. Así, en la década de los años 1970, al vigoroso movimiento sindical representado por las Comisiones Obreras y al cada vez más sólido movimiento estudiantil vino a unirse el nuevo movimiento vecinal, así como el que encuadraba a profesionales, intelectuales y artistas. De este modo, y dejando por el camino numerosas

víctimas, la resistencia antifranquista había ido construyendo lenta pero progresivamente un amplio movimiento de masas –sindical, vecinal, intelectual, político– que en vísperas de la desaparición del dictador había conquistado unas "zonas de libertad" en las que prácticamente había arrebatado al franquismo su hegemonía social, cultural y política.

4- ¿Mereció la pena resistir? Miedo y esperanza.

Pero el franquismo duró casi cuatro décadas. Diversas causas lo explican:

a) El franquismo tenía una base social importante, que le daba apoyo porque se beneficiaba de la nueva situación: la oligarquía terrateniente, la pequeña burguesía agraria, los grandes industriales, la burguesía financiera y la numerosa burocracia político-sindical falangista. Aunque esta base social fuera decreciendo con el paso del tiempo, siempre existió un poderoso sector que apostó por el franquismo frente a cualquier otra salida que pudiera reportarle el riesgo de perder los beneficios que el régimen le proporcionaba.

b) En el plano ideológico, aparte de los diversos grupos fascistas, cuya importancia fue decreciendo gradualmente a partir del final de la segunda guerra mundial, el principal sostén lo constituyó una Iglesia Católica integrista e intolerante, que había caracterizado a la guerra civil como Cruzada en defensa de la religión, y que en contrapartida se benefició extraordinariamente cuando el franquismo la oficializó como religión de Estado y le entregó el monopolio ideológico de la enseñanza.

c) Estos apoyos sociales e ideológicos fueron complementados por la existencia de una potente maquinaria militar y policial, que hizo posible el sometimiento por la fuerza de una población mayoritariamente hostil a la dictadura. Una propaganda omnipresente y una censura asfixiante, apenas atenuadas por la contrainformación generada por la Pirenaica, la BBC o Radio París, hacían muy difícil saber qué es lo que estaba pasando realmente en el país. Pero sí que se sabía que la represión era atroz. El franquismo, desde el mismo momento de la sublevación, generó conscientemente un inmenso terror al ejercer sistemáticamente una sangrienta represión sobre las personas y organizaciones republicanas. Como dice el profesor Fontana, esta represión cumplió una función política fundamental, ligada a las necesidades de una guerra de clase de los menos contra los más. Aunque –como hemos dicho– el franquismo fuera perdiendo a lo largo de los años parte de su base social y hegemonía cultural o política, conservó prácticamente intacta su capacidad represiva, garantizada por la fidelidad del ejército y de las fuerzas policiales.

d) Al final de la segunda Guerra Mundial el franquismo mereció la reprobación formal de los gobiernos aliados. Pero Franco enseguida supo, a pesar de la mascarada de la retirada de embajadores en 1946, que el régimen no tenía nada que temer de las potencias occidentales. El franquismo aprovechó con habilidad el estallido de la guerra fría, lo cual le permitió resistir el rechazo universal que los pueblos democráticos sentían por el fascismo recién derrotado, y obtener el apoyo militar, político y económico de los Estados Unidos.

e) La oposición antifranquista no consiguió presentar una alternativa unitaria capaz de concitar tanto el apoyo mayoritario de las fuerzas del interior como de los gobiernos y de la opinión pública internacionales. Ello se debió tanto a la manera como se había producido el final de la guerra (el golpe capitulador del coronel Casado) como a las repercusiones sobre los grupos políticos antifranquistas de las divisiones ocasionadas por la guerra fría. Solamente en los últimos momentos de la dictadura, y al comienzo de la transición, la oposición democrática consiguió dotarse de organismos unitarios ampliamente representativos, unidad que ya se había producido con anterioridad en Cataluña y en el País Vasco.

Ante la larga duración del franquismo –y la incapacidad de la oposición democrática para derribarlo– algunos se han preguntado si mereció la pena el tremendo y costoso esfuerzo de

la resistencia, dada la enorme desproporción entre los sufrimientos que ello supuso y los aparentemente escasos resultados derivados de los mismos.

Nuestra respuesta –y la de la Historia– sólo puede ser afirmativa. En primer lugar, porque si bien es cierto que las fuerzas democráticas no pudieron derrocar al franquismo, también es verdad que tuvieron la fuerza suficiente para provocar su debilitamiento y su transformación y –sobre todo– para impedir su prolongación tras la muerte del dictador, opción a la que no hacían ascos sectores muy importantes del régimen. Fue precisamente la lenta pero persistente construcción de una amplia red social de resistencia al franquismo la que hizo inviable esa perpetuación de la dictadura y la que también frustró el intento de instaurar una pseudodemocracia limitada. Fueron las fuerzas antifranquistas, con sus luchas durante la transición, las que hicieron posible la consecución de las libertades democráticas, que nadie nos ha regalado.

Pero sobre todo, en el plano moral, la existencia de la resistencia antifranquista fue necesaria para salvar nuestra dignidad, alimentando la esperanza en un pronto final de la pesadilla totalitaria que nos permitiese alcanzar una sociedad libre y más justa. ¿Qué hubiese sido de nosotros sin esa esperanza? ¿Cómo seríamos hoy?

La nueva sociedad democrática ha cometido un grave error político al tirar por la borda el capital político y moral acumulado durante cuatro decenios de lucha por las libertades, dando así tácitamente por buena la interesada versión que tiende a presentar al sistema democrático como resultado de la generosa concesión de los evolucionistas del franquismo; pero más grave que un error (llevando la contraria a Fouché) es la injusticia que se está cometiendo al olvidar a tantas mujeres y tantos hombres que entregaron sus vidas, o lo mejor de sus vidas, a la causa de la libertad.

5- Nuestro homenaje a la resistencia, personificado en Gregorio López Raimundo, Maria Salvo Iborra y Agustí de Semir Rovira.

A esta resistencia antifranquista es a la que hoy rendimos homenaje, personificado en Gregorio López Raimundo, Maria Salvo Iborra y Agustí de Semir Rovira. Ellos, en su inmensa modestia y generosidad, no quieren que hablemos demasiado de sus experiencias individuales, pero es de justicia que nosotros lo hagamos. En primer lugar, porque por su trayectoria se lo merecen sobradamente; pero además porque ellos representan, dentro del amplio mosaico formado por esa resistencia, ciertos elementos o símbolos muy importantes:

a) GREGORIO LÓPEZ RAIMUNDO representa a las organizaciones democráticas clandestinas, una y otra vez reconstruidas y desmanteladas, a sus militantes fusilados, torturados, encarcelados y represaliados. A los comunistas, como Cristino García Granda, las "13 rosas", Jaume Girabau, Agustín Zoroa, Simón Sánchez Montero, Miguel Núñez, Julián Grimau...; a los libertarios, como Esteban Pallarols, César Broto, Ramón Rufat, Manel Amil, Gonzalo Atienza, Domingo Ibars, Enrique Marco, Salvador Puig Antich...; a los socialistas, como José Castro Taboada, Juan Gómez Egido, Sócrates Gómez, Máximo Rodríguez, Antoni Amat, Tomás Centeno...; a los poumistas, como Jaime Fernández, Alberto Aranda, David Rey, Antonio Franquesa, Enric Adroher, Joan Rocabert...; a los republicanos, como Régulo Martínez, Ángel Martínez Carmona, Manuel Juliachs, Jaume Serra, Joan Rodríguez-Papasseit, Pau Ris, Miquel Ferrer, Emilio Laso...; a los nacionalistas catalanes, como Joan Cornudella, Vicenç Borrell, Manuel Cruells, Jaume Martínez Vendrell, Pere Carbonell, Pere Figuera, Jordi Pujol...; a los nacionalistas vascos, como Juan Ajuriaguerra, Jesús Solaun, Luis Álava, Koldo Mitxelena, Joseba Elósegui...; a los nacionalistas gallegos, como Ramón Piñeiro, Xosé Velo Mosquera...; a los católicos, como Miquel Coll Alentorn, Maurici Serrahima, Anton Cañellas, Joan Sansa...; a

los partidos surgidos en el interior después de finalizada la guerra, como el Moviment Socialista de Catalunya, con Joan Reventós, Josep Pallach, Miquel Casablanca...; al Partido Socialista Popular, con Enrique Tierno, Raúl Morodo...; a las organizaciones "frente" (FLP-FOC-ESBA), con Julio Cerón, Ignacio Fernández de Castro, Isidre Molas, Josep Ignasi Urenda, José Ramón Recalde, Pablo Bordonaba...; a los diversos grupos de la izquierda revolucionaria (MCE, LCR, OICE, PTE, ORT, PCE (m-l), PCE (i), Bandera Roja...). Y a los sindicatos (UGT, CNT, CCOO, AST, USO...), así como a una de las organizaciones más injustamente postergadas durante la transición, la Unión Militar Democrática, con Luis Otero, Fermín Ibarra, Juli Busquets, Gabriel Cardona... Y a muchísimos otros grupos que sería imposible nombrar con exhaustividad.

GREGORIO LÓPEZ RAIMUNDO representa también –y no es un símbolo menor– a todos aquellos que expresándose en castellano han luchado por las libertades nacionales de Catalunya, incluyendo desde el derecho a desarrollar la lengua y cultura propias hasta el derecho de autodeterminación: a Cipriano García, Ángel Rozas, Manuel Vázquez Montalbán, Paco Candel y a tantos otros. Cuando el franquismo imponía la visión y la asfixiante presencia de una España monolítica sin matices, el partido que GREGORIO dirigía –compuesto en buena parte por personas nacidas fuera de Catalunya– asumió y defendió que las libertades eran indivisibles, que no se podía defender las libertades democráticas si no se luchaba al mismo tiempo por los derechos nacionales de Catalunya y de los demás pueblos. En aquella lucha quedó sólidamente forjada la unidad de nuestra ciudadanía, independientemente del lugar de nacimiento de cada cual. Y esto es un valioso patrimonio que debemos transmitir. En nuestros días, cuando tantas voces interesadas incitan al enfrentamiento entre las distintas comunidades autónomas, es el momento oportuno de reverdecer aquel espíritu fraternal, que si ayer nos unió contra la dictadura hoy debe agruparnos contra la intolerancia y la insolidaridad.

GREGORIO LÓPEZ RAIMUNDO nació en Tauste (Aragón) en 1914, y se trasladó a vivir a Barcelona en 1932. Se integró en las Joventuts Socialistes Unificades (JSU) y en el PSUC en 1936. Participó en la Guerra Civil en el frente de Aragón, exiliándose en 1939. Volvió clandestinamente a Catalunya en 1947, como responsable en el interior de la delegación del Comité Central del PSUC, con la misión de reconstruir el partido que acababa de sufrir "la caída de los 80", saldada con los fusilamientos de Ángel Carrero, Pere Valverde, Joaquim Puig Pidemunt y Numen Mestre. Desempeñó su tarea dirigente hasta su detención en julio de 1951. Torturado brutalmente, la campaña internacional de solidaridad logró que sólo fuese condenado a 4 años de prisión. Salió en 1954, expulsado a México, pero en 1956 volvió a entrar clandestinamente en Catalunya. Ocupó la Secretaría General del PSUC entre 1965 y 1977, año en el que fue nombrado presidente. Fue elegido diputado al Congreso en 1977, 1979 y 1982.

Miembro de una ilustre familia de escritores (Tomàs, Teresa, Sergi), desde 1937 y durante más de cincuenta años GREGORIO ha ido escribiendo numerosos artículos e informes de carácter político. Lo ha hecho en casi todos los lugares en los que ha residido o por los que ha pasado –Cataluña, Francia, México, Colombia, Carabanchel, China, Checoslovaquia, la URSS. Gran parte de esos textos han sido agrupados en un volumen –*Ecrits. Cinquanta anys d'acció, 1937-1988*– que constituyen un imprescindible libro de consulta para quienes quieran conocer la trayectoria política del primer partido de la clandestinidad a lo largo de esos años.

Tanto o más interesante desde el punto de vista político, pero valioso además por su habilidad en captar el clima humano del período 1947-1954, GREGORIO nos ha narrado sus arriesgadas actividades, sus inquietudes y sus vivencias mucho más íntimas en los dos volúmenes de *Primera clandestinidad*, testimonio de los peligros, renuncia personal y sufrimientos que caracterizaron a los militantes de la oposición durante los años más duros del franquismo.

b) MARIA SALVO IBORRA representa a un sector que fue doblemente perdedor de la guerra: a la mujer trabajadora, a la mujer comprometida en la búsqueda de una sociedad más justa e igualitaria. El franquismo abolió las leyes igualitarias de la República, y convirtió a la mujer en súbdito de segunda clase; el Fuero del Trabajo de 1938 aspiraba a que la mujer "dedicase su atención al hogar y se separase de los puestos de trabajo".

La mujer comprendió bien pronto lo que se jugaba en la guerra, y por ello participó activamente combatiendo en los frentes y sustituyendo a los movilizados en los campos y en las fábricas. Por ello, una gran parte de la población represaliada (en paredones, cunetas y cárceles) era femenina, como lo fue también la resistencia al nuevo orden de cosas. Muchas mujeres formaron parte de las guerrillas (como Manuela Sánchez, Elisa de Montoliu, Mercedes Gómez Otero, Esperanza Martínez, Enriqueta Otero), de las redes de solidaridad con los presos (como Vicenta Camacho, Teresa Morán, Julia Vigre, Toñita García), de los intentos de reconstrucción clandestina de los partidos y sindicatos (como Manolita del Arco, Isabel Sanz).

Por eso, porque quería a la mujer subordinada y retraída en casa, el franquismo fue especialmente cruel y vengativo con las mujeres que defendieron la causa republicana y con las que se comprometieron en la lucha por la recuperación de las libertades democráticas. Este ensañamiento llegó a extremos repugnantes con los hijos de las presas políticas, tal como nos ha mostrado Ricard Vinyes, en el estremecedor estudio que sirvió de base al documental *Els nens perduts del franquisme* y que ha contribuido a la preparación de la impresionante exposición *Les presons de Franco*, que podemos ver en el Museu d'Història de Catalunya. Estos niños y niñas fueron sometidos a los experimentos pseudocientíficos del siniestro doctor Vallejo Nájera, con los que intentaba demostrar la inferioridad mental de los desafectos al régimen y su tendencia instintiva al fanatismo y la brutalidad. Muchos de estos niños –arrancados a sus madres, con el objeto de doblegarlas moralmente– fueron entregados a otras personas o instituciones que les adoctrinaron en unos valores opuestos a los de sus familias, en una operación precursora de las atrocidades cometidas por las dictaduras militares del Cono Sur, unas décadas más tarde.

La ciudadanía de nuestra actual sociedad democrática tiene una deuda pendiente con el conjunto de la resistencia antifranquista; pero esta deuda es doble con relación a las mujeres de esa resistencia, porque el olvido y la amnesia han tendido sobre ellas una niebla mucho más espesa. Julita Conesa, una de las "13 rosas", aquellas jóvenes de entre 16 y 22 años fusiladas en Madrid el 5 de agosto de 1939, acusadas de intentar reconstruir las Juventudes Socialistas Unificadas, pedía en su última carta: "que mi nombre no se borre en la historia". Para que esto no ocurra, tenemos la obligación moral de que la Historia, con mayúscula, conozca la gesta y honre la memoria de esas jóvenes, así como la de Juana Doña, Isabel Vicente, Matilde Landa, Constantina Pérez, Celia Llana, Tomasa Cuevas, Rosa Mateu, Vicenta Camacho, María Lacrampe, Petra Cuevas, y tantos miles y miles de mujeres, tras cuyos nombres –desconocidos hoy para la inmensa mayoría– existen historias de abnegación y de valor.

A esta tarea imprescindible de recuperación de la memoria es precisamente a la que están dedicando sus envidiables energías MARÍA SALVO y sus compañeras de "Les dones del 36" (Victoria Carrasco, Carme Casas, Rosa Cremón, Trinidad Gallego, Enriqueta Gallinat, Conxa Pérez, Manola Rodríguez, Emèrita Arbonés, Laia Berenguer, Josefina Piquet, Victòria Santamaria).

MARIA SALVO IBORRA nació en Sabadell en 1920, trasladándose a Barcelona en 1927. Participó activamente en la defensa de la República, encuadrada en las Joventuts Socialistes Unificades (JSU). Se exilió tras la derrota, siendo encerrada en el campo de concentración francés, del que salió para ser entregada a la Guardia Civil. Se integró en la resistencia antifranquista, contribuyendo a la reconstrucción de las JSU, pero fue detenida en septiembre de 1941, torturada salvajemente y condenada a 30 años de prisión, de los que

cumplió 16 en las cárceles de Ventas y Segovia. Al salir de la prisión volvió a integrarse en la resistencia antifranquista, tanto en la militancia política en el PSUC como en los movimientos que reivindicaban los derechos de la mujer. Tras la recuperación de la democracia ha sido presidenta de l'Associació Catalana d'Ex-presos Polítics y fundadora de la asociación "Les Dones del 36", entidad que difunde entre la juventud (en escuelas e institutos) la historia personal y colectiva de las mujeres durante la guerra y la dictadura, en defensa de la justicia y de las libertades: "volem explicar de viva veu i amb tota la nostra emoció humana el què és una guerra, el què és una dictadura i volem, per damunt de tot, reivindicar el paper de la dona en la lluita per la democràcia".

c) AGUSTÍ DE SEMIR ROVIRA, abogado cristiano militante, representa al sector minoritario del catolicismo que se opuso al franquismo. A aquellos que, formando parte de los vencedores (como Laín Entralgo, Aranguren, Ruiz Giménez, José María Díez Alegría o el Padre Llanos), abrieron un proceso de reflexión y concienciación que les llevó a adoptar posturas de reconciliación y de concordia, y a abandonar la posición política de una Iglesia cuyos obispos aclamaban brazo en alto al dictador. A los intelectuales católicos demócratas, como Carlos Santamaría, Enrique Miret Magdalena. A aquellos obreros que formaban parte de las Hermandades Obreras de Acción Católica (HOAC), fundadas en 1946 con el objetivo fundamental de cristianizar a la clase obrera, pero que pronto adquirieron conciencia de la situación penosamente subalterna y de la explotación de los trabajadores. A los curas que abrían sus parroquias a l'Assemblea de Catalunya y a las ilegales Comisiones Obreras, o que eran apaleados y procesados cuando se manifestaban en protesta por las torturas infligidas a los estudiantes. A los Cristianos por el Socialismo, como Alfonso Carlos Comín o Juan García Nieto.

AGUSTÍ DE SEMIR también representa a los abogados que se pusieron al servicio de los represaliados y perseguidos, defendiéndoles ante el Tribunal de Orden Público y los consejos de guerra: a Josep Solé Barberà, Luis Salvadores, Josep Benet, Gregorio Peces Barba, Juan María Bandrés, Jaime Miralles, Manuel Villar Arregui, Marc Palmés... A los abogados laboristas, como Albert Fina, Montserrat Avilès, Ascensió Solé, Francesc Casares, August Gil Matamala y los mártires de Atocha (Javier Sauquillo, Enrique Valdevira, Luis Javier Benavides, Serafín Holgado y Ángel Rodríguez Leal). A los miembros de la organización clandestina Justicia Democrática, que en el interior de la magistratura del franquismo trabajaban por la instauración de un estado democrático de derecho, como Jesús Vicente Chamorro, Plácido Fernández Viagas, Carlos Jiménez Villarejo, José María Mena, Pedro Esteban, Carlos de la Vega, Francisco Huet...

AGUSTÍ DE SEMIR ROVIRA nació en Barcelona en 1918, obteniendo su título de abogado en 1935. Al comenzar la Guerra Civil se trasladó con su familia a Mallorca, donde contrajo matrimonio con Conxa Millan, que hasta su fallecimiento le acompañaría en el compromiso cristiano con la justicia. Volvió a Barcelona, de cuyo consistorio formó parte entre 1954 y 1958. Defendió a numerosos procesados antifranquistas, y formó parte del Secretariat de l'Assemblea de Catalunya, siendo encarcelado en octubre de 1973 en la caída de los 113 (parroquia de Santa María Medianera). Fue fundador del Grup Cristià de Defensa i Promoció dels Drets Humans de Barcelona, de l'Associació Catalana de Solidaritat i Ajuda als Refugiats, de l'Institut de Drets Humans de Catalunya y del Centre d'Informació i Documentació Internacional de Barcelona (CIDOB), así como miembro de Justícia i Pau y del Grup de Juristes Roda Ventura. Recuperada la democracia, ha sido Director General de Serveis Socials en el Govern Provisional de la Generalitat de Catalunya (1977-1979), además de concejal del Ayuntamiento de Barcelona (1979-1982), y ha presidido la Comissió de Sanitat i Serveis Socials de la Diputació de Barcelona, en la que se ha distinguido por atender los problemas de

la salud mental.

GREGORIO, MARÍA Y AGUSTÍ tienen en común sus trayectorias de entrega a la lucha por las libertades y a la búsqueda de una sociedad más justa. Hoy, octogenarios los tres, mantienen sus ilusiones y su participación en la misma causa que hace muchos años dio sentido a sus vidas. Y lo hacen ahora de una manera específica, consagrándose a la transmisión a las generaciones siguientes de su experiencia y de su lección, es decir, a la salvaguarda de nuestra memoria histórica.

Una de las más terribles enfermedades de nuestro tiempo es la que destruye a una persona aniquilando su memoria. Eso mismo puede ocurrir con los pueblos o con la humanidad en su conjunto. El espíritu de progreso, que a pesar de matizaciones o de tropiezos sigue impulsándonos desde los tiempos de la Ilustración, reposa en la conciencia de que la especie humana ha avanzado colectivamente desde la ignorancia y la barbarie iniciales hacia estadios superiores en conocimiento y en condiciones materiales, intelectuales y morales. Y para adquirir esta conciencia del progreso es imprescindible la memoria histórica. Es cierto que en este largo camino ha habido gravísimos tropiezos y retrocesos, como lo fue el franquismo en todos los órdenes de la vida. Pero tanto el conocimiento de estos retrocesos como el de los logros alcanzados son esenciales para dotar de algún sentido a la trayectoria de la especie humana sobre nuestro planeta.

Por eso es tan necesario conocer y comprender esa trayectoria, para aprender de lo vivido, para impulsarnos a seguir trabajando por un mundo más justo, libre y solidario, y para así apreciar mejor las conquistas materiales e intelectuales que son el resultado de ese empeño colectivo.

6- Auschwitz y la canción. La cultura y la universidad, por la libertad y la justicia.

Al final de la segunda guerra mundial el filósofo Theodor Adorno se preguntaba si, después de Auschwitz, alguien podría volver a escribir poesía. A esta cuestión ya había contestado anticipadamente en 1942, en sentido afirmativo, el poeta León Felipe, en unos versos escritos en el exilio que llegaban clandestinamente y que nosotros leíamos emocionados:

Franco, tuya es la hacienda,  
la casa  
el caballo  
y la pistola.  
Mía es la voz antigua de la tierra.  
Tú te quedas con todo y me dejas desnudo y errante por el mundo...  
Más yo te dejo mudo... ¡mudo!  
y ¿cómo vas a recoger el trigo  
y a alimentar el fuego  
si yo me llevo la canción?

Pero la canción no se la quedó en exclusiva el exilio, sino que también permaneció viva entre nosotros. Se marcharon Rafael Alberti, León Felipe, Luis Cernuda, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Carles Riba, Agustí Bartra, Marius Torres, Josep Carner, Pere Quart, Alfonso R. Castelao... Pero aquí, en las cárceles, y fuera de ellas, Miguel Hernández, José Hierro, Ramón de Garciasol, Blas de Otero, Gabriel Celaya, Salvador Espriu, Miquel Martí i Pol, Gabriel Aresti, Celso Emilio Ferreiro..., nos proporcionaron esa "canción" que nos ayudó a sobrevivir, y recuperaron para nosotros esa palabra justa que nos hizo abrir los labios hasta desgarrarlos para

gritar ¡libertad! En palabras de Espriu (*Inici de càntic en el temple*):

Ah, joves llavis desclosos després  
de la foscor, si sabíeu com l'alba  
ens ha trigat, com és llarg d'esperar  
un alçament de llum en la tenebra!  
Però hem viscut per salvar-vos els mots,  
per retornar-vos el nom de cada cosa,  
perquè seguíssiu el recte camí  
d'accés al ple domini de la terra.

Y, cuando por razones de edad, empezaba a debilitarse la voz del exilio, apareció entre nosotros la canción propiamente dicha, aunando ternura con rabia e idea, en las voces de Raimon, Lluís Llach, Francesc Pi de la Serra, Ovidi Montllor, Joan Manel Serrat, Maria del Mar Bonet, Paco Ibáñez, Mikel Laboa, Benito Lertxundi, José Antonio Labordeta y Chicho Sánchez Ferlosio, animando al gallo rojo en su desigual combate contra el gallo negro.

A pesar de la barbarie –a pesar de Auschwitz o de Badajoz– la "canción" de la que hablaba León Felipe, es decir, la poesía, la literatura, la cultura, podía y debía convertirse en un arma para combatir a la dictadura.

Decía Josep Maria Castellet que "la cultura fue, desde siempre, para los sublevados contra la República, terreno enemigo". Por eso también la cultura fue militarmente ocupada, por los "falsos intelectuales" o "perros guardianes" que existían entre las filas de los vencedores. Como fue ocupada la Universidad, en 1939, y sus mejores profesores depurados o condenados al exilio. Entregándola al dogma católico y al falangismo, la Ley de Ordenación Universitaria de 1943 consagró la conversión de la brillante Universidad republicana de Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz, Pedro Salinas, Antonio Flórez de Lemus, Pere Bosch Gimpera, Jaume Serra Hunter, Pompeu Fabra, Joaquim Xirau en un erial de mediocridad intelectual, de retórica hueca y de oscurantismo.

Pero el pensamiento crítico y la palabra, que son consustanciales a la Universidad, pronto generaron rebeldía y ansias de libertad y de justicia, que llevaron a muchos estudiantes a integrarse en las filas del antifranquismo militante, tanto en los partidos políticos como en organizaciones específicamente universitarias, desde la reconstruida Federación Universitaria Escolar (FUE) y el minoritario pero muy activo Front Universitari de Catalunya en los años 1940, hasta la combativa Federación Universitaria Democrática Española (FUDE) y el masivo Sindicat Democràtic d'Estudiants de la Universitat de Barcelona (SDEUB) de los años 1960. Y aunque el carácter clasista de la dictadura le llevó a ser menos brutal con los universitarios que con los obreros, también sobre estudiantes y profesores demócratas se abatió la represión, como ocurrió entre nosotros tras l'Assemblea Lliure del Paraninf en 1957, la Segona Assemblea Lliure de 1962 o la constitución del SDEUB en 1966, con detenciones, expedientes, expulsiones y multas a los estudiantes y a los profesores e intelectuales que asistieron a la *Caputxinada* (Salvador Espriu, Joan Oliver, Jordi Rubió, Manuel Sacristán...) así como a los profesores que se solidarizaron con los represaliados. Pero también la brutalidad del franquismo llegaría a sus mayores extremos con el asesinato en Madrid del estudiante Enrique Ruano, en 1969.

La Universidad no se doblegó ante esa represión, y su oposición intelectual, moral, sindical y política al franquismo hizo de nuestra institución una de esas parcelas inequívocamente hostiles a la dictadura, oponiendo la razón y la palabra a la opresión y a su violencia.

Hoy, desaparecida la dictadura, la Universidad se concentra en sus tareas primordiales de formar profesionales cualificados y de hacer avanzar las fronteras del conocimiento positivo,

en beneficio de nuestra sociedad. Pero además, consciente de que la autoridad moral acumulada por su labor durante siglos y su independencia intelectual respecto a las presiones inmediatistas de los intereses particulares le obligan a ser una parte de la conciencia crítica universal, la Universidad se pronuncia con firmeza en favor de un mundo equilibrado, democrático, pacífico, justo e ilustrado. Y esto lo hace utilizando uno de los más eficaces instrumentos técnicos que ha creado la especie humana: la palabra, la palabra unida a la acción consecuente.

Uno de los poetas que utilizaron su voz para quebrar las brumas de la dictadura –José Ángel Valente en *La memoria y los signos* (1963)– nos habla de la esperanza y del poder revolucionario de la palabra para iluminar el futuro, de ese fuego prometético de la esperanza y de la acción por un mundo mejor. Dice:

Haber llevado el fuego sólo un instante  
razón nos da de la esperanza.  
Pues más allá de nuestro sueño  
las palabras, que no nos pertenecen,  
se asocian como nubes  
que un día el viento precipita  
sobre la tierra  
para cambiar, no inútilmente, el mundo

Vosotros –Gregorio, María, Agustí– habéis llevado ese fuego mucho más que un instante, lo lleváis ahora y lo llevaréis siempre. Y si en nosotros ha prendido una chispa de ese fuego, os lo debemos a vosotros, que lo habéis encendido con vuestro ejemplo, cuando no os resignasteis ni os doblegasteis ante la sinrazón ni ante la injusticia, y disteis vida a esa resistencia antifranquista que hoy aquí representáis y que nosotros honramos. Muchas gracias.

Barcelona, 23-II-2004